

SÍNODO EUROPEO

SOMOS TESTIGOS DE CRISTO QUE NOS HA LIBERADO

Declaración final de la Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos para Europa (28-11 a 14-12-91)

Texto original latino;
versión italiana de la Sala de Prensa de la Santa Sede (14-12-91);
traducción del italiano de *ECCLESIA* 2.559 (21 dic. 1991) 8-16.

Transcribe: Juan Manuel Díaz Sánchez
Instituto Social “León XIII”
Madrid, mayo 2004

PREÁMBULO

En los umbrales del tercer milenio, Europa está viviendo acontecimientos extraordinarios, a través de los cuales tocamos con la mano el amor y la misericordia de Dios Padre hacia todos los hombres, sus hijos. Por ello, el Santo Padre Juan Pablo II ha querido convocar esta Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para Europa, a fin de que, después de tantos años de forzada separación, obispos del Este, del Centro y del Oeste de Europa pudieran, en comunión colegial con él y entre sí, reflexionar sobre el alcance y las consecuencias de esta hora histórica para Europa y para la Iglesia¹.

Agradecidos por esta iniciativa y rebosantes de alegría, nos hemos reunido en la casa del Sucesor de Pedro para dar gloria a Dios y narrar las grandes cosas que Él, siempre presente y operante en la historia, ha hecho por nosotros. En nombre de la Iglesia que está en Europa, enriquecida por tantos nuevos mártires y confesores, algunos de los cuales están presentes entre nosotros, hemos dado gracias a Dios Padre por el poder y por la sabiduría del Señor crucificado (cfr. 1 Cor 1, 24), que nos ha sostenido durante estos años en medio de las pruebas y de las persecuciones por medio del consuelo y de la asistencia del Espíritu Santo, y por el nuevo espacio de libertad que ahora gozan muchos pueblos en Europa. Nos ha alegrado también la presencia entre nosotros de los «delegados fraternos» de las otras Iglesias y comunidades cristianas que han participado en nuestra oración y en nuestros trabajos. También el Simposio sobre «Cristianismo y cultura» ha sido muy útil para nuestra Asamblea sinodal².

Nos hemos congregado también para pedir perdón a Dios y a los hermanos por nuestras culpas y deficiencias, dispuestos a perdonar por nuestra parte. En aquella concordia y recíproca comunión que brota de la vida misma de la Santísima Trinidad, hemos podido ofrecernos mutuamente aquellos innumerables tesoros de sabiduría y de experiencia con

¹ Cfr. Primer anuncio del Sínodo, 22 de abril 1990, en la ciudad de Velehrad, donde está sepultado San Metodio.

² *Cristianismo y cultura en Europa, memoria, conciencia y proyecto*. Actas del Simposio presinodal (Vaticano, 28-31 octubre 1991) Forli, 1991.

los que Dios ha enriquecido a nuestras Iglesias particulares para que los dieran a todas las demás en la única y universal Iglesia de Cristo. Después de tantos años de forzado silencio, las Iglesias del Este han podido ofrecer libremente a todos su testimonio de vida frecuentemente heroica. Y las Iglesias del Oeste han ofrecido, por su parte, los gérmenes de renovada vitalidad y las nuevas experiencias florecidas desde las pruebas que tampoco a ellas han faltado; así, el mismo acontecimiento sinodal ha sido para nosotros como un fruto del Espíritu Santo.

Unidos en el nombre de Cristo (Cfr. Mat 18, 20) hemos orado a fin de que pudiéramos escuchar lo que el Espíritu dice hoy a las Iglesias de Europa (Cfr. Ap 2, 7-11-17) y para que éstas sepan descubrir los caminos para la nueva evangelización de nuestro continente. Conscientes de los extraordinarios retos pero también de las grandes oportunidades de la hora presente, y en diálogo y cordial colaboración con todos nuestros hermanos y hermanas de Europa y del mundo, queremos ofrecer nuestra contribución a la edificación de la nueva Europa, «a fin de que seamos testigos de Cristo que nos ha liberado» (Hechos 1, 8; Gál 5, 1). Consideramos este Sínodo como el primer paso de un camino que pretendemos continuar sin descanso.

I.- EL SIGNIFICADO DE LA HORA PRESENTE EN LA PERSPECTIVA DE LA FE CRISTIANA Y DE LA HISTORIA DE EUROPA

1.- La hora histórica que está viviendo Europa

Nuestra Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos ha tenido lugar dos años después del comienzo del hundimiento tan repentino y realmente extraordinario del sistema comunista, en el que ha tenido una gran parte el testimonio heroico de las Iglesias cristianas. También muchos no creyentes han visto en estos acontecimientos casi un «milagro». A la luz de la fe y bajo la guía del Espíritu Santo, queremos discernir en esta hora las verdaderas señales de la presencia y del plan de Dios³. Para los cristianos, en estos acontecimientos se ha manifestado un auténtico «kairós» de la historia de la salvación y un gran reto para continuar la obra renovadora de Dios, del cual, en última instancia, dependen los destinos de las naciones.

Sin duda el hundimiento de los regímenes totalitarios de la Europa centro-oriental ha tenido razones de carácter económico y sociopolítico. Pero, más en profundidad, ha tenido una motivación ético-antropológica y, en definitiva, espiritual. En la raíz del marxismo se encuentra, en efecto, «un error de carácter antropológico»⁴, en el sentido de que en él la persona humana es reducida a su única dimensión material y económica. Desde una antropología distorsionada y reductiva como ésta, necesariamente tenían que conseguir una economía y una política profundamente injustas y contrarias a la persona humana y, por ello, inevitablemente destinadas al fracaso. Elemento característico y, más aún intrínseco, de dicha ideología y, en consecuencia, también del sistema comunista en el plano práctico era el ateísmo práctico y coercitivo.

Hoy, en Europa, el comunismo como sistema se ha derrumbado, pero permanecen sus heridas y su herencia en el corazón de las personas y en las nuevas sociedades que están emergiendo. Las personas tienen dificultad en el recto uso de la libertad y del régimen

³ CONCILIO VATICANO II: Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 11.

⁴ Cfr. JUAN PABLO II: Encíclica *Centesimus annus*, 13.

democrático; los valores morales realmente subjetivos deben ser revivificados. Al mismo tiempo, la Iglesia, empobrecida en sus estructuras y en sus medios, ha aprendido con mayor profundidad a confiar solamente en Dios.

El hundimiento del comunismo cuestiona todo el itinerario cultural y socio-político del humanismo europeo, marcado por el ateísmo no sólo en su éxito marxista, y demuestra con los hechos, además, que, por principio, que no es posible separar la causa de Dios de la causa del hombre.

Del examen de la situación religiosa y sociocultural de los países democráticos de la Europa occidental aparecen tanto luces como sombras. En un marco político e institucional de democracia y de libertad se han obtenido grandes resultados bajo el perfil del desarrollo científico y técnico, social y económico. La Iglesia misma manifiesta una nueva vitalidad, especialmente en la renovación bíblica y litúrgica, en la activa participación de los fieles en la vida parroquial, en las nuevas experiencias de vida comunitaria como también en el redescubrimiento de la oración y de la vida contemplativa y en la multiplicación de generosas formas de servicio a los más pobres y a los marginados.

Por otra parte, se difunden una mentalidad y unos comportamientos que privilegian de forma exclusiva la satisfacción de los propios deseos inmediatos y de los intereses económicos, con una falsa absolutización de la libertad de la persona y con la renuncia a enfrentarse con una verdad y con valores que lleguen más allá del propio horizonte individual o de grupo. Aun cuando el marxismo, impuesto con la fuerza, se haya derrumbado, el ateísmo práctico y el materialismo se encuentran muy difundidos en toda Europa; sin ser impuestos por la fuerza, y además, ni siquiera explícitamente propuestos, inducen a pensar y a vivir como si Dios no existiera.

Al mismo tiempo, persiste la búsqueda de la experiencia religiosa, si bien en una multiplicidad de formas no siempre coherentes entre sí y que con frecuencia conducen lejos de la auténtica fe cristiana. Sobre todo los jóvenes buscan la propia felicidad en muchos símbolos, imágenes y también en cosas vanas, y de esta forma, se sienten fácilmente inclinados hacia nuevos modos de religiosidad y sectas de diverso origen. En realidad, toda Europa se encuentra hoy frente a los retos de una nueva opción de Dios.

2.- La religión cristiana y las raíces culturales y espirituales de Europa

La cultura europea ha crecido de muchas raíces. Contribuyen a este complejo cuadro de conjunto el espíritu de Grecia y de la romanidad, las aportaciones llegadas de los pueblos latinos, célticos, germanos, eslavos y ugrofineses, la cultura hebraica y las influencias islámicas. Pero nadie puede negar que la fe cristiana pertenece de forma decisiva al fundamento permanente y radical de Europa. Es en este sentido en el que hablamos de «raíces cristianas de Europa», no ya para sostener una coincidencia entre Europa y cristianismo.

Se puede afirmar que la religión cristiana ha dado forma a Europa, imprimiendo en su conciencia colectiva algunos valores fundamentales para la Humanidad: Principalmente la idea de un Dios trascendente y soberanamente libre pero también definitivamente entrado por amor en la vida de los hombres con la encarnación y la Pascua de su Hijo; el concepto nuevo y central de la persona y de la dignidad humana; la fundamental

fraternidad humana como principio de convivencia solidaria en la misma diversidad de los hombres y de los pueblos.

Ciertamente, este común patrimonio de la civilización europea ha sufrido heridas y alteraciones a lo largo de la historia. En la Europa occidental y central, a partir de las guerras de religión posteriores a la ruptura de la unidad eclesial de los siglos XVI y XVII se ha afirmado una visión de la vida, sobre todo en su dimensión pública y social, que se concibe de forma distinta y como basada únicamente sobre la razón humana. No todos los valores que tienen su origen en la fe cristiana han sido, sin embargo, cuestionados directamente, se ha intentado, más bien, conservarlos dándoles un nuevo fundamento puramente inmanente. Solamente en nuestro siglo la debilidad de semejante fundamento ha aparecido también prácticamente, y aquellos valores se han convertido en objeto de contestación en amplias capas de la conciencia colectiva y en las legislaciones civiles. Europa no debe hoy invocar sencillamente su precedente herencia cristiana. Es necesario, en efecto, que se sitúe en condiciones de decidir nuevamente su futuro en el encuentro con la persona y con el mensaje de Jesucristo.

II.- EL CENTRO VIVO Y LOS MUCHOS CAMINOS DE LA EVANGELIZACIÓN

3.- El significado de la nueva evangelización de Europa

En semejante situación muchísimo depende del testimonio creíble del Evangelio en el anuncio y en la vida. Las condiciones son ciertamente distintas en las diversas regiones; en algunas partes del continente y, sobre todo, entre las nuevas generaciones, la fe cristiana es casi desconocida a causa de una sistemática propaganda atea, o, en general, el proceso de secularización ha llegado tan lejos que la evangelización debe recomenzar casi «de nuevo». Pero también allí donde la presencia de la Iglesia es todavía fuerte, sólo una minoría participa plenamente en la vida eclesial, al mismo tiempo que se puede percibir un alejamiento profundo a nivel más general, entre fe y cultura, fe y vida.

Por ello es misión urgente de la Iglesia ofrecer nuevamente a los hombres y a las mujeres de Europa el mensaje liberador del Evangelio. Ninguna otra, en efecto, ha sido la intención del Concilio Vaticano II y de todos los posteriores esfuerzos de renovación, sino la de «hacer a la Iglesia del siglo XX cada vez más capacitada para anunciar el Evangelio a los hombres de este mismo siglo»⁵. La nueva evangelización no es el proyecto de una así llamada «restauración» de la Europa del pasado, verdaderamente más cristiana y, por ello, también más plenamente humana.

Esta «nueva evangelización» vive del inagotable tesoro de la revelación efectuada una vez para siempre en Jesucristo⁶. No existe «otro Evangelio». Intencionadamente se llama nueva evangelización porque el Espíritu Santo hace siempre nueva la palabra de Dios y solicita continuamente a los hombres en su intimidad (1 Juan 3, 2). Es nueva, esta evangelización, también porque no está vinculada inmutablemente a una determinada civilización, dado que el Evangelio de Jesucristo puede resplandecer en todas las culturas⁷.

⁵ PABLO VI.: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 2.

⁶ CONCILIO VATICANO II: Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 41. JUAN PABLO II: Homilía en la inauguración del Sínodo (28 noviembre 1991), en *ECCLESIA*, 2.557.

⁷ PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 19.

El centro de esta evangelización es: «Dios te ama. Cristo ha venido por ti»⁸. Sí la Iglesia predica a este Dios, no habla de un Dios desconocido sino del Dios que nos ha amado hasta tal punto que su Hijo se ha encarnado por nosotros. Es el Dios que se aproxima a nosotros, que se comunica a nosotros, que se hace uno con vosotros, verdadero «Enmanuel» (Cfr. Mat 1, 23). El Señor ha prometido esta comunión no solamente para esta vida (Cfr. Mat 28, 20), sino sobre todo como victoria sobre el pecado y sobre la muerte por medio de la participación en su resurrección (Cfr. Rom 6, 5; 1 Cor 15, 22) como amistad sin fin cara a cara con Dios (1 Cor 13, 12).

Sin esta esperanza de la vida eterna, en la cual son superados todos los dolores y los males, la persona humana queda gravemente mutilada. La esperanza cierta, dada al hombre, de vivir eternamente con Dios, no disminuye la obligación del compromiso terreno, pero le imprime su verdadera fuerza y su valor. Por ello debemos hablar con gran confianza tanto de la inmortalidad del alma como de la resurrección de la carne. Este anuncio de alegría jamás debe faltar en la nueva evangelización.

Para la nueva evangelización no es suficiente, por tanto, prodigarse para difundir los «valores evangélicos» como la justicia y la paz. Solamente si es anunciada la persona de Jesucristo, la evangelización se puede denominar auténticamente cristiana⁹. Los valores evangélicos, en efecto, no pueden ser separados de Cristo mismo, que es su fuente y su fundamento y constituye el centro de todo el anuncio evangélico. La evangelización, por su naturaleza, tiende a la «plantatio Ecclesiae» (implantación de la Iglesia), que comienza a surgir por medio de la predicación de la Palabra y de los sacramentos de la iniciación. Dicha evangelización, en efecto, trae su origen del mandato del Señor que ha dicho: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mat 28, 19).

Por ello, quien no conoce al Dios vivo y verdadero, no conoce verdaderamente al hombre. En este sentido, San Ireneo afirma: «La gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es la visión de Dios»¹⁰. El hombre de hoy piensa, quizás, que la fe dé gloria y honor a Dios pero humille la imagen del hombre. Al contrario, la causa de Dios, de ninguna forma, está en oposición con la causa del hombre. Son más bien las promesas puramente terrenas las que -como demuestra la historia reciente-, en definitiva, reconducen a la esclavitud, de forma totalitaria, a las personas humanas.

En realidad, la renovación de Europa debe partir del diálogo con el Evangelio. Este diálogo promovido por impulso del Concilio Vaticano II, no debe debilitar la claridad de las posiciones y, al mismo tiempo, debe desarrollarse en el mutuo respeto entre los discípulos de Cristo y sus hermanas y hermanos de otras convicciones¹¹.

De esta forma será posible llegar a «un verdadero encuentro entre la Palabra de la Vida y la cultura de Europa»¹². La evangelización, en efecto, debe llegar no solamente a las

⁸ JUAN PARLO II: Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 34.

⁹ Cfr. PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 22. JUAN PARLO II: Exhortación apostólica *Redemptoris missio*, 5-6; 17-19.

¹⁰ *Adv. haer.* IV 20, 7.

¹¹ Cfr. JUAN PABLO II: *Discurso en el Sínodo presinodal*, 3 (31 de octubre de 1991), en *ECCLESIA*, 2.558.

¹² *Ibidem*, 5.

personas, sino también a las culturas. Y la evangelización de la cultura lleva consigo «la inculturación» del Evangelio. Este compromiso, en la nueva situación cultural de Europa, caracterizada no sólo por la modernidad, sino también por la así denominada posmodernidad, implica un desafío al que debemos responder de la mejor forma posible. Para hacerlo es indispensable la contribución de los hombres y de las mujeres de cultura y de los teólogos en cordial sintonía con la Iglesia.

4.- Los frutos del Evangelio: La verdad, la libertad y la comunión

Cristo, Dios hecho hombre, es la Verdad misma (Cfr. Juan 14, 6), que nos libera (Cfr. Juan 8, 32) por medio del don del Espíritu Santo (Cfr. 2, Cor 3, 17; Rom 5, 5; Gál 4, 6) y nos introduce a la plena comunión con Dios y entre los hombres (Cfr. Juan 17, 21; 1 Juan 1, 5). En realidad, la búsqueda de la libertad, de la verdad y de la comunión constituye la instancia más profunda, más antigua y más duradera del humanismo europeo, que continúa actuando también en su fase moderna y contemporánea. Por ello, la propuesta de la nueva evangelización, lejos de oponerse al desarrollo de este humanismo, más bien lo purifica y lo refuerza en el momento en el que corre el riesgo de perder su identidad y su esperanza de futuro, a causa de impulsos irracionalistas o de un nuevo paganismo insurgente.

A este propósito aparece decisivo el problema de la relación entre libertad y verdad, con demasiada frecuencia concebida en términos antitéticos por la moderna cultura europea, mientras que, en realidad, libertad y verdad están de tal forma mutuamente ordenadas que no pueden ser alcanzadas la una sin la otra. Igualmente esencial es la superación de otra alternativa, por otra parte, vinculada a la anterior, la existencia entre libertad y justicia, libertad y solidaridad, libertad y comunión recíproca. La persona humana, en efecto, de la que la libertad constituye la más alta dignidad, se realiza no en el repliegue sobre sí misma, sino en la entrega de sí (Cfr. Luc 17, 33)¹³.

Bajo la opresión del totalitarismo han podido salvar la libertad del corazón y de la profesión de fe solamente los que estaban unidos más intensamente con Dios. La fe, la adoración y el amor tienen una profunda relación con la libertad humana. De otra forma, también en las «sociedades libres», existen sutiles prohibiciones que, como secretos seductores, ocupan nuestra mente, manipulan nuestra sensibilidad y aspiran a condicionar nuestra forma de comportamiento. Quien, en el espíritu de adoración del verdadero Dios, dobla las rodillas solamente ante este único Señor, se encuentra en mejores condiciones de substraerse a la atracción de muchos ídolos.

En realidad, la cruz y la resurrección de Jesucristo revelan y nos otorgan a través de la gracia del Espíritu Santo aquella libertad que verdaderamente merece este nombre. La historia de la vida y de la muerte del Señor manifiestan que el culmen de la libertad consiste en la entrega soberanamente libre a la voluntad del Padre y por la vida del mundo. Sólo en contraste con la plena medida de esta entrega de sí resulta evidente en que medida el hombre puede llegar a ser esclavo de sí mismo y entregarse a potencias que lo conducen a la esclavitud, dado que la libertad no se agota en el tener; la posesión y el placer no son valores últimos (Cfr. Cor 7, 29-31). Aun cuando el cristiano reconozca el valor positivo de la propiedad, que en todo caso siempre se contemplan en su relación con el bien común, y con el goce de los bienes de este mundo, sabe, sin

¹³ Cfr. CONCILIO VATICANO II: Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 24.

embargo, que todas estas cosas no constituyen realidades definitivas. La renuncia evangélica, animada por la caridad, no nos empobrece en los bienes, sino que nos los reduce a su originalidad y, más aún, solamente así nos los concede verdaderamente. Todo esto es de gran importancia para la salvaguardia de la libertad en una sociedad marcada por el consumismo.

De esta forma hemos comenzado ya a hablar también de la consecución de una auténtica comunión. Esta puede realizarse solamente si cada persona respeta la dignidad humana y personal de los demás. No existe comunión cuando se impone a los hombres el colectivismo. Pero ni siquiera nacerá un verdadero compromiso respecto a los demás, si las personas coexisten la una junto a la otra en la indiferencia y persiguen cada una únicamente los propios intereses. La verdadera comunión nace solamente cuando cada uno percibe la dignidad inconfundible y la diversidad del prójimo como una riqueza, reconociéndole la misma dignidad sin tendencia alguna a la uniformidad, y se dispone al intercambio de las respectivas capacidades y de los respectivos dones.

Para hacernos partícipes de la vida divina (Cfr. 2 Ped 1, 4), Jesucristo se ha vaciado de sí mismo asumiendo en la Encarnación la condición de siervo y se ha hecho obediente hasta la muerte en la cruz (Fil 2, 7 y ss.). Esta vida divina es la comunión de las tres divinas Personas. El Padre engendra eternamente al Hijo consustancial y su amor recíproco es el Espíritu Santo. El Dios de los cristianos no es, por ello, un Dios solitario, sino el Dios viviente en la comunión de caridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y esta caridad se ha revelado de modo supremo en la autoanulación («kenosis») del Hijo. Por ello, la comunión en la caridad y la renuncia a sí mismos pertenecen a la esencia del Evangelio, que debe ser predicado a Europa y a todo el mundo, para que se realice el nuevo encuentro entre la palabra de Vida y las diversas culturas.

Esta síntesis de la verdad, de la libertad y de la comunión, tomada del testimonio de la vida y del misterio pascual de Cristo, en el que Dios Uno y Trino se ha revelado a nosotros, constituye el sentido y el fundamento de toda la existencia cristiana y de la actuación moral que, contra una opinión corriente, no se opone a la libertad -puesto que la ley nueva es la gracia del Espíritu Santo¹⁴- pero es al mismo tiempo su condición y su fruto. De esta fuente puede nacer una cultura del don recíproco y de la comunión, que se realiza también en el sacrificio y en el compromiso cotidiano por el bien común.

5.- Los evangelizadores y los muchos caminos de la nueva evangelización

La nueva evangelización de Europa, sin embargo, no será posible si no invitamos a tomar parte activamente en esta tarea a todos los cristianos conscientes de la propia vocación profética. Los primeros evangelizadores, juntamente con los obispos, son sin duda los presbíteros y los diáconos que llevan sobre sí el peso del servicio pastoral cotidiano en las comunidades cristianas. Los religiosos, a los que se debe en gran parte la primera evangelización del continente, y sus comunidades podrán ofrecer a toda Europa el testimonio vital del radicalismo evangélico, si se hace todavía más intenso su llamamiento a lo que es esencial en la vida consagrada.

Ellos pueden sostener con particular eficacia muchas obras educativas y de animación de diversas asociaciones. Como fuertemente pone de relieve la Exhortación

¹⁴ Cfr. SANTO TOMAS, I-II, q. 106, a. 1.

Christifideles laici, también los laicos deben ser llamados a tomar parte plenamente en este compromiso de la nueva evangelización de Europa. Ellos, con su propia vocación, y participando a su manera del ministerio profético de Cristo¹⁵, pueden penetrar en todos estos campos a los que no pueden tener acceso los obispos y los presbíteros; solamente a través de ellos resultarán concretamente posibles la evangelización y la edificación de la nueva Europa. De forma especial, esta Asamblea sinodal interpela a los jóvenes para que sean ante todo ellos mismos los evangelizadores de las nuevas generaciones de Europa.

Para ser verdaderos apóstoles, todos nosotros tenemos necesidad de una continua evangelización, a través de la oración y de la meditación constante de la palabra de Dios, como también el esfuerzo cotidiano de ponerla en práctica según el ejemplo altísimo que nos es ofrecido por la Bienaventurada Virgen María. Sólo a través del alimento de la palabra de Dios y del pan eucarístico, y el frecuente uso del sacramento de la reconciliación, puede efectuarse en nosotros una continua conversión y transformación personal y se podrá superar eficazmente aquel fenómeno perversivo de «subjetivización» de la fe, mediante el cual la palabra de Cristo y de la Iglesia es acogida solamente en la medida en que responde a las propias exigencias y expectativas.

Es este también el camino a recorrer para superar las dificultades que se suscitan, en el seno mismo de la comunidad eclesial, sobre todo a cerca de la enseñanza de la Iglesia en el ámbito de la moral. En efecto, cuanto más enraizada está en las personas la experiencia del amor a Dios transmitida por la palabra y vivida en la comunión fraternal, tanto más se desarrollará su disponibilidad y la capacidad de aceptar todas las exigencias del mensaje de Cristo.

Para devolver vitalidad a la Iglesia son particularmente importantes las parroquias, que siguen siendo los instrumentos fundamentales de la vida y de la misión de la Iglesia y deben ser renovadas y fortalecidas a la luz del Evangelio, y las asociaciones y los nuevos grupos de fieles laicos, que han florecido especialmente en concomitancia con el acontecimiento conciliar¹⁶. Tenemos una gran confianza en una nueva pastoral de la familia como «Iglesia doméstica»¹⁷, y en la multiplicación, en los ambientes más diversos de la sociedad, de pequeñas comunidades de vida cristiana¹⁸.

Esperamos con inmensa expectación el catecismo universal. Como sintética expresión integral de la doctrina católica según el verdadero espíritu del Concilio Vaticano II, podrá servir de ayuda respecto a la preocupación en torno a algunas tendencias teológicas. Mientras que, en efecto, una teología enraizada en la palabra de Dios y fiel al magisterio de la Iglesia es sumamente útil para la tarea de la evangelización, se debe reconocer que la «discrepancia» teológica constituye un obstáculo para la obra evangelizadora, en primer lugar, para aquella que debe materializarse continuamente en el seno de la Iglesia misma¹⁹.

¹⁵ CONCILIO VATICANO II: Constitución dogmática *Lumen gentium*, 35.

¹⁶ JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 29.

¹⁷ CONCILIO VATICANO II: Constitución dogmática *Lumen gentium*, 11; JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 53-76.

¹⁸ JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Catechesis tradendae*, 19 ss.

¹⁹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE: *Instrucción sobre la misión eclesial del teólogo*.

Todos los hombres están invitados a acoger el Evangelio de Jesucristo. La nueva evangelización debe ser, pues, profundamente misionera y llegar no solamente a aquellos individuos o a aquellos grupos que están ya enraizados en el corazón de la Iglesia, sino también a aquellos que la miran desde lejos, no raras veces con escepticismo o, sin más, con sentido de rechazo.

A fin de que los europeos de nuestro tiempo, que dan importancia, sobre todo, a lo que se ve y se puede tocar con la mano, puedan acoger el Evangelio, es necesario que el testimonio de las personas y de las comunidades acompañe continuamente y confirme el anuncio de la palabra de Dios, manifestando toda su verdad y su fuerza divina. Como fidelidad a tantos mártires de nuestro tiempo, este testimonio debe arrancar la propia eficacia de la santidad de vida, haciendo visible en la existencia aquel misterio de comunión con Dios y entre los hombres que la Iglesia celebra en la Eucaristía.

Grandísima importancia adquiere el testimonio de la diaconía de la Iglesia, es decir, de la caridad, hacia todos pero especialmente hacia aquellos que tanto material como espiritualmente se encuentran más necesitados. Dicho testimonio, al ser comprensible por todos, hace visible el amor de Dios hacia los hombres y los abre de esta manera para la escucha del Evangelio.

En el intercambio de las experiencias de nuestras Iglesias, nos hemos percatado de cuán necesario para la re-evangelización es revalorizar todos los ambientes a los cuales puedan tener acceso. Recordamos aquí, de forma especial, la enseñanza de la religión en la escuela pública, la formación de los adultos, la labor pastoral tanto en el mundo del trabajo como en el mundo de la ciencia, de la cultura y del arte, como también en los múltiples medios de comunicación que caracterizan cada vez con mayor intensidad la vida moderna y merecen una atención mucho mayor por parte de la Iglesia. En los países recientemente liberados del comunismo es urgente la necesidad de crear universidades y escuelas católicas. También en todos estos contextos, hoy como siempre, es de suma importancia el testimonio personal y la relación a corazón abierto de persona a persona.

Existe, por último, especialmente en nuestro tiempo, un camino de la evangelización que destaca entre todos. El testimonio de las Iglesias en los países recientemente liberados del comunismo nos ha permitido casi tocar con la mano la fecundidad del misterio de la cruz y de la resurrección de Cristo. En el momento en que nos disponemos a acometer, juntamente con todos nuestros hermanos cristianos, la nueva evangelización de Europa, experimentamos la necesidad de elegir nuevamente a Aquél con el que, en el bautismo, hemos muerto y hemos resucitado a una vida nueva (Cfr. Rom 6, 3-5; Gal 2, 19-20). Radicados y fundados en Él, queremos ser para Europa auténticos testigos de la fe.

6.- La actuación de la comunión y de la misión de la Iglesia a través del intercambio de dones

Toda evangelización brota de la persona y de la obra de Jesucristo y de nuevo a Él conduce. En Cristo, la Iglesia es un solo cuerpo con muchos miembros (Cfr. 1 Cor 12, 12), «sacramento, es decir, señal e instrumento, de la íntima unión con Dios y de la unidad

de todo el género humano»²⁰. De este misterio derivan, al mismo tiempo, la unidad y la catolicidad de la Iglesia de Dios que, como un solo pueblo congregado «por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»²¹, está presente entre todas las gentes de la tierra, recogiendo en la comunión recíproca las riquezas de las diversas naciones²².

Este Sínodo cotidianamente ha experimentado la diversidad y la unidad de nuestras Iglesias particulares y del intercambio de sus dones, por medio de una mutua y fraternal escucha, que ha permitido la acogida con íntima alegría y cordial participación de las auténticas experiencias de las otras Iglesias. La Iglesia, afligida por la opresión, ha recibido del Señor los dones de los que todos nosotros nos percatamos ahora de forma particular: El testimonio de una fe viva, la fidelidad en los sufrimientos y en la persecución, la admirable concordia con la Sede Apostólica.

Hoy, en muchos de estos países, un gran número de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa pone de manifiesto las riquezas espirituales hasta ahora escondidas. Por su parte, gracias a la libertad que desde hace tiempo han gozado, las Iglesias particulares en Occidente han sabido realizar una praxis pastoral en la situación de una sociedad compleja y secularizada y han podido desarrollarse muchas consecuencias del Concilio Vaticano II, que ahora pueden ser comunicadas con humildad de espíritu y discernimiento de los valores. En realidad, debemos hacer que aumente la cooperación entre nuestras Iglesias, sobre todo con miras a la nueva evangelización de Europa. Para ello son necesarios aquellos medios incluso materiales y aquellas ayudas de personas, que pueden favorecer la edificación del Cuerpo de Cristo y que deben ser ofrecidos de acuerdo con las prioridades establecidas por las Iglesias que los reciben.

El afecto colegial de los obispos con el Sucesor de Pedro y entre ellos, que ha caracterizado esta Asamblea sinodal, debe ser alimentado por medio del trato personal y de la amistad. Con plena observancia del vínculo de unión con la Santa Sede y de los cometidos de cada uno de los Obispos y de las Conferencias Episcopales de las diversas naciones, la atención pastoral en nuestro continente, que ha emprendido los caminos de la unidad, nos invita a realizar, con la ayuda del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, la coordinación y un esfuerzo común para favorecer la evangelización y el ecumenismo, y a buscar los caminos para otras formas de cooperación entre las Iglesias particulares de este continente. Además, la necesidad de la presencia de la Iglesia en las instituciones civiles europeas requiere que, en unidad con la Sede Apostólica y con sus representantes, sean reforzadas y entre sí más estrechamente aglutinadas las actividades del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa y de la Comisión de los obispos de la Comunidad Europea que, durante los años pasados, han realizado una extraordinaria y benemérita labor.

En unidad con la Sede Apostólica, las iglesias de Europa deben conseguir que aumente la propia cooperación incluso con las Iglesias particulares de los otros continentes. Acontecimientos de gran importancia como la celebración del quinto centenario de la evangelización de América, la reunión general, ya próxima, del Consejo Episcopal Latinoamericano y las Asambleas Especiales para África y para el Líbano del Sínodo de

²⁰ CONCILIO VATICANO II: Constitución dogmática *Lumen gentium*, 1.

²¹ CONCILIO VATICANO II: Constitución dogmática *Lumen gentium*, 4.

²² CONCILIO VATICANO II: Constitución dogmática *Lumen gentium*, 13.

los obispos representan ocasiones favorables para intensificar el recíproco intercambio de dones y el común servicio de la salvación entre todas las iglesias del mundo.

En dicho servicio debe incluirse, ante todo, el dinamismo misionero «ad gentes», que de hecho pertenece a la historia y a la fisonomía cristiana de Europa y es constitutivo de su identidad. Si bien la obra misionera se ha realizado, a veces, no sin conexiones con la expansión colonial de los países europeos y llevando consigo el sello de la división entre los cristianos, por gracia de Dios las Iglesias de Europa han desempeñado un papel providencial en el anuncio de la salvación de Cristo a los pueblos y en la «implantatio Ecclesiae» en todas las partes del mundo.

Tampoco hoy, en ninguna región, la Iglesia puede encerrarse en sí misma, aun cuando obstaculizada por dificultades y carencias internas, entre las que se encuentran, en particular, la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Es necesario, más bien, mantener amplios los propios horizontes, confiando en la promesa del Señor: «Dad y se os dará» (Luc 6, 38). En efecto, la fe se refuerza, transmitiéndola. La nueva evangelización de los pueblos cristianos encontrará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal»²³.

La animación misionera debe, pues, alimentar y penetrar toda la obra pastoral y formativa de las comunidades, para que crezca cada vez más, tanto en los sacerdotes y religiosos como en los laicos, la disponibilidad para trasladarse allí donde la Iglesia tenga mayor necesidad de su obra para la evangelización y la promoción humana. Con confianza pedimos por ello al Señor de las mies que envíe operarios a su viña, en particular llamando a los jóvenes al sacerdocio y a la vida religiosa..

III.- LA NECESIDAD DEL DIÁLOGO Y DE LA COOPERACIÓN CON LOS DEMÁS CRISTIANOS; CON LOS HEBREOS Y CON TODOS LOS QUE CREEN EN DIOS

7.- La íntima cooperación con las demás Iglesias y comunidades eclesiales

En la Asamblea sinodal nos hemos percatado en qué gran medida la evangelización es cometido común de todos los cristianos y de cuánto depende de ello la credibilidad de las Iglesias en la nueva Europa.

Una vez más, hemos comprobado que Europa es muy rica gracias a sus complementarias tradiciones cristianas, idénticas en lo que es esencial la occidental y la oriental, con las respectivas peculiaridades teológicas y litúrgicas, espirituales y canónicas. Las imágenes de la «única alma que respira con dos pulmones», que quieren describir esta realidad eclesial, han sido frecuentemente recordadas durante estos días. También en este caso hemos percibido que los diversos dones de cada una de las tradiciones pueden enriquecer y también corregir la otra tradición²⁴; al mismo tiempo hemos advertido que también hoy las divisiones entre los cristianos pueden tener funestas consecuencias.

²³ JUAN PABLO II: *Redemptoris missio*, 2.

²⁴ CONCILIO VATICANO II: Decreto *Unitatis redintegratio*, 4.

Pretendemos corresponder a las exigencias evangélicas de la verdad y de la caridad tal como han sido expuestas por el Sucesor -de Pedro en el acto ecuménico del 7 de diciembre: «Estas exigencias suponen el leal reconocimiento de los hechos, con disponibilidad para perdonar y reparar los respectivos daños. Dichas exigencias impiden encerrarse en preconceptos, con frecuencia fuente de amargura y de estériles recriminaciones: Conducen a no lanzar acusaciones infundadas contra el hermano atribuyéndole intenciones y propósitos que no tiene. Así, cuando estamos animados por el deseo de comprender realmente la posición del otro, los contrastes se eliminan mediante un diálogo paciente y sincero, bajo la guía del Espíritu Paráclito»²⁵.

Respecto a las Iglesias orientales, debemos preguntarnos si el diálogo de la caridad hasta ahora desarrollado a partir del Concilio Vaticano II, en relación con las nuevas dificultades recientemente surgidas, haya sido siempre bien conducido. Nos ha causado un gran dolor el hecho de que algunas Iglesias ortodoxas hayan decidido no poder aceptar la invitación a participar en nuestra Asamblea. En nuestras reflexiones y en las conversaciones con los delegados hermanos nos hemos convencido de que el diálogo ya tan útil debe ser continuado con todas las fuerzas y realizado de forma más profunda, sobre todo, para ser fieles a la voluntad del Señor.

Invitamos de corazón a las Iglesias hermanas ortodoxas a este diálogo, recordándonos de nuestra común responsabilidad respecto al testimonio del Evangelio ante el mundo y, sobre todo, ante el Señor de la Iglesia. El fin de este diálogo es llegar a la plena unidad (Cfr. Juan 17, 21). Sabemos que son absolutamente necesarias con miras a este diálogo mucha paciencia y comprensión. Los que entre nosotros pertenecen a las Iglesias orientales católicas se encuentran, bajo este aspecto, en una situación particularmente difícil. Todos nosotros hemos reconocido en ellos un elemento constructivo para el incremento del diálogo ecuménico, entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa. No podemos ignorar que justamente estas Iglesias, en la opresión padecida bajo el comunismo, han ofrecido a todos nosotros, y continúan hoy también ofreciéndonos, un testimonio seguro de perseverancia en la fe. Tampoco queremos olvidar el fuerte testimonio de fe que nos han dado nuestros hermanos ortodoxos y protestantes. Deseamos que la común experiencia de la persecución pueda crear una nueva base para una más profunda comprensión ecuménica y para una justa pacificación.

Con las Iglesias de la tradición reformada, a partir del Concilio y por medio de multiformes diálogos y de múltiples y positivas propuestas en el común testimonio y en el común servicio cristiano, hemos eliminado muchas incomprensiones y hemos llegado a un gran acercamiento. Sabemos también, sin embargo, que todavía nos separan dolorosamente no pocas cosas, no siendo lo último, en la comprensión de la Iglesia y especialmente del ministerio, y que no es posible prescindir de problemas doctrinales, si no queremos caer en el peligro de predicar el Evangelio en términos contradictorios. Pero, dado que sabemos y, una vez más, nos hemos dado cuenta de cuántas personas padecen escándalo por esta separación todavía persistente, queremos continuar con todas las fuerzas este fructífero diálogo.

Para promover el ecumenismo es de gran importancia el apostolado bíblico que nace de nuestra común reverencia por la Sagrada Escritura. A la tarea ecuménica pertenece también la solicitud por los hombres y las sociedades, sobre todo por los pobres, y en parti-

²⁵ JUAN PABLO II: Alocución en el Acto Ecuménico del 7 de diciembre de 1991.

cular hoy el común compromiso que se ejerce para la edificación de una verdadera comunidad de los pueblos europeos.

8.- La especial relación con los hebreos

En la construcción del nuevo orden europeo y mundial, tiene una gran importancia el diálogo entre las religiones y, en primer lugar, con nuestros «hermanos mayores» hebreos, cuya fe y cultura representan un elemento constitutivo del desarrollo de la civilización europea.

Después de la tragedia del Holocausto perpetrada en nuestro siglo y del dolor en el que la Iglesia participa íntimamente, se deben llevar a cabo nuevos esfuerzos con miras a un más profundo conocimiento del judaísmo, al tiempo que deben ser rechazadas todas las formas de antisemitismo, que son contrarias tanto al Evangelio como a la ley natural. Se recomiendan seriamente todas estas ayudas que, según la intención del Concilio Vaticano II²⁶, pueden conseguir que crezcan de forma conveniente las relaciones positivas con el pueblo hebreo por medio de la predicación y la labor educadora de la Iglesia.

Tal Iglesia tiene en alta consideración las raíces comunes entre el cristianismo y al pueblo hebreo. Basta recordar que en el ámbito de la religión israelita Jesús mismo ha puesto los inicios de su Iglesia. Acordándose del patrimonio espiritual, constituido en primer lugar por la Sagrada Escritura, que la une con el judaísmo, la Iglesia, en la actual situación europea, pretende trabajar para que florezca una nueva primavera en las relaciones recíprocas entre las dos religiones. En efecto, la colaboración común a múltiples niveles entre cristianos y hebreos, respetando la diversidad y los contenidos específicos de las respectivas religiones, puede adquirir un enorme significado para el futuro religioso y cívico de Europa y para la misión que ésta tiene en relación con el resto del mundo.

9.- La común responsabilidad de todos los que creen en Dios

También la relación con el islam reviste una importancia particular para la religión cristiana y para la cultura europea, no sólo a causa del pasado, sino también en la perspectiva del presente y del futuro, unida a los ingentes flujos inmigrantes de los países musulmanes y a las estrechas relaciones ya existentes con ellos. A pesar de las conocidas dificultades, el diálogo con los musulmanes se revela hoy extraordinariamente necesario; pero debe ser conducido con prudencia, con claridad de ideas en torno a sus posibilidades y a sus límites, y con confianza en el proyecto de salvación de Dios respecto a todos sus hijos.

Para que la solidaridad mutua sea sincera, es necesaria la reciprocidad en las relaciones, sobre todo en el ámbito de la libertad religiosa, que constituye un derecho fundado en la misma dignidad de la persona-humana²⁷ y que por tanto debe ser válido en todos los lugares de la tierra.

²⁶ CONCILIO VATICANO II: Declaración *Nostra aetate*, 4.

²⁷ CONCILIO VATICANO II: Declaración *Dignitatis humanae*, 2.

El fenómeno de las migraciones, en aumento día a día, exige que las demás religiones sean mejor conocidas, para poder establecer un fraternal coloquio con las personas que pertenecen a las mismas y viven en medio de nosotros. Juntamente con ellos, pretendemos respetar y promover la justicia social; los bienes morales, como también la paz y la libertad para todos; con un compromiso común nos sentimos también obligados a salvaguardar la creación dada por Dios a todos los hombres y también a las futuras generaciones.

Por otra parte, el respeto de la libertad y la justa conciencia de los valores que se encuentran en las otras tradiciones religiosas no deben inducir al relativismo, ni debilitar la conciencia de la necesidad y de la urgencia de anunciar a Cristo. En el presente contexto pluralista la opción de la Iglesia no es el relativismo, sino un sincero y prudente diálogo, que «lejos de debilitar la fe la haga más profunda»²⁸. En realidad, la nueva evangelización exige la formación de sacerdotes, religiosos y laicos plenamente enraizados en la propia fe y, por tanto, capaces de iniciar este múltiple diálogo.

IV.- EL COMPROMISO DE LA IGLESIA POR LA EDIFICACIÓN DE UNA EUROPA ABIERTA A LA SOLIDARIDAD UNIVERSAL

10.- El compromiso de la Iglesia por la edificación de la nueva Europa

La nueva evangelización constituye un desafío no sólo para cada uno de los cristianos y de las comunidades eclesiales, sino también para la construcción de una sociedad más humana. La Iglesia, en efecto, tiene la misión de descubrir el misterio revelado en Jesucristo para la salvación del mundo y que afecta a todos los aspectos de la vida humana. Para ello, mientras anuncia y vive el Evangelio, la Iglesia se hace al mismo tiempo esclava de los hombres²⁹.

Aun cuando esta misión concierne a todos los fieles, los laicos -tanto hombres como mujeres, tanto adultos como jóvenes- y sus diversas asociaciones poseen, en este campo, en virtud de su «índole secular» una misión totalmente particular. La exhortación apostólica *Christifideles laici* ha descrito de forma minuciosa esta misión, para la que justamente los laicos deben estar especialmente formados. Para la contribución de los laicos a la construcción de la nueva Europa tienen principalmente valor la promoción de la dignidad humana, el respeto inviolable de la vida, el derecho a la libertad de conciencia y de religión, el matrimonio y la familia como campos primarios para el compromiso social y la «humanización» de la sociedad, el servicio de la caridad y las obras de misericordia, el compromiso por el bien común y el compromiso en la vida política, la responsabilidad en la vida económica, el compromiso por la salvaguardia de la creación, la evangelización en el campo de la cultura, de la instrucción y de la educación, como también en el campo de los medios de comunicación social³⁰.

La Iglesia, pues, no puede renunciar a llevar a cabo la propia misión pública. Al mismo tiempo, debe abstenerse de volver, en el cumplimiento de su misión, a formas del pa-

²⁸ PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIALOGO INTERRELIGIOSO-CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS: *Diálogo y anuncio*, 50.

²⁹ CONCILIO VATICANO II: Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 40 y 42. JUAN PARLO II: Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 36.

³⁰ Cfr. JUAN PABLO II: Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 37-44.

sado, que hoy podrían ser perjudiciales para la Iglesia misma. Bajo el impulso de la revelación cristiana y a través de largas vicisitudes históricas, la civilización europea ha alcanzado aquella distinción sin separación del orden religioso y del orden político que tanto contribuye al progreso de la Humanidad. Aun cuando favorece decididamente la democracia rectamente entendida³¹, la Iglesia no está vinculada a un determinado sistema político³². Tiene, sin embargo, una responsabilidad propia en relación con la formación de la sociedad humana, a la que no puede renunciar y que cumple, ante todo, por medio de su doctrina social, que pertenece a la tarea de nueva evangelización³³.

El principio de la dignidad de la persona humana -con los derechos fundamentales que le pertenecen con anterioridad a toda disposición oficial, y que por tanto no pueden serle negados o sustraídos ni siquiera por medio de una decisión de la mayoría- el principio de subsidiariedad -que concierne a los derechos y a las competencias de todas las comunidades- y el de la solidaridad -que exige el equilibrio entre los más débiles y los más fuertes- pueden realmente constituir como las columnas de la nueva sociedad que debe ser edificada en Europa. Por ello, el conocimiento de la doctrina social es necesario para todos los que, con espíritu cristiano, están comprometidos en la construcción de la nueva Europa. El plan de los estudios en las escuelas sociológicas, pues, debe contemplar la formación en la doctrina social y la promoción de la diaconía de la caridad³⁴.

El reconocimiento del carácter positivo de la economía de mercado y de la libre empresa y la promoción de su desarrollo también en los países de la Europa centro-oriental debe ser buscado con lúcida conciencia. Es necesario orientarlos hacia el bien común y apoyar los legítimos esfuerzos de los trabajadores para conseguir el pleno respeto de su dignidad y espacios mayores de participación en la vida de las empresas en las que prestan su trabajo³⁵. El comienzo del «Mercado Único Europeo» nos interpela y nos provoca. Es urgente, sobre todo, una cultura de la solidaridad que sepa identificar los caminos hacia una justa solución para las antiguas y nuevas pobreza.

En la actual sociedad europea es de gran importancia la cuestión de la mujer³⁶. Sólo una cultura de la reciprocidad entre hombre y mujer podrá canalizar en la justa dirección las legítimas aspiraciones de las mujeres, impulsando a nuestras sociedades civiles y políticas a pasar del obligado reconocimiento formal de la paridad de los derechos a su pleno ejercicio, a fin de que la inserción de las mujeres en las estructuras y en las instituciones pueda desarrollarse no como alternativa, sino en orgánica relación con su misión específica en la familia y en la trasmisión de la vida. Bajo estas condiciones las mujeres podrán prestar toda su contribución en la elaboración de una cultura y de un equilibrio social en mejor sintonía con la verdad integral, personal y comunitaria del ser humano.

Dado que el derecho a la vida en muchas naciones de la Europa actual, tanto en el Oeste como en el Este, se encuentra gravemente conculcado, sobre todo en el caso del aborto y de la eutanasia, nuestro Sínodo recomienda a cada una de las Iglesias y en particular a

³¹ JUAN PARLO II: Encíclica *Centesimus annus*, 46-47.

³² Cfr. CONCILIO VATICANO II: Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 76.

³³ JUAN PABLO II: Encíclica *Centesimus annus*, 5.

³⁴ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA: La doctrina social de la Iglesia en la formación sacerdotal. Orientaciones para el estudio y la enseñanza.

³⁵ Cfr. JUAN PABLO II: Encíclica *Centesimus annus*, 42-43.

³⁶ Cfr. JUAN PABLO II: Carta apostólica *Mulieris dignitatem*.

las Conferencias Episcopales la celebración anual en todas las comunidades y en las parroquias de una «jornada o semana de la vida» que, con el tiempo, podrá ser incluso fijada de común acuerdo para el mismo día o para la misma semana.

Debe ser plenamente defendido el derecho a la salvaguardia de la salud y, en la medida de lo posible, la solicitud de toda la sociedad y el cuidado pastoral de la Iglesia deben ejercerse respecto a todos los que están afectados por la enfermedad y, de forma particular, por las enfermedades típicas de nuestro tiempo. Todos los agentes sanitarios deben ser formados también en el campo de la moral y en el campo de la bioética.

La Iglesia estima en grado máximo el valor permanente de la familia, fundada en el matrimonio, porque está instituida por el Creador y constituye una piedra fundamental para la edificación de la Iglesia y de la sociedad. Pide, por tanto, a todos, especialmente a los que tienen una responsabilidad en la sociedad, tanto en el ámbito político y legislativo como en el ámbito administrativo, social y económico, que defiendan la familia y la promuevan en sus derechos. La Asamblea sinodal propone, por ello, nuevamente a la atención de los gobiernos la *Carta de los derechos de la familia* preparada por la Santa Sede (1983), incluso en relación con el futuro Año Mundial de la Familia (1994).

Las políticas sociales orientadas hacia los sectores más débiles de las poblaciones deben ser unificadas y reforzadas, incluso a través de la activa y responsable participación de las mismas familias y de sus asociaciones. En efecto, tienen gran importancia en Europa las organizaciones y las asociaciones laicales para la familia. Quien se compromete a proteger y a favorecer la institución matrimonial y la familia adquiere grandísimos méritos para el destino futuro de Europa.

A través de la acción común y coordinada con la intervención de la autoridad pública, es necesario aspirar a la eliminación de todo lo que es contrario a la dignidad humana y realmente perjudicial, como la pornografía, el comercio y el uso de la droga y la criminalidad organizada.

El proceso de unificación en Europa y, de forma particular, las instituciones europeas y la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa implican una gran responsabilidad para las Iglesias. La casa común europea se puede construir sobre cimientos seguros, si nace no solamente por motivos económicos. Más aún, la nueva Europa presupone siempre en su edificación el consenso y el reconocimiento de los valores fundamentales y requiere una auténtica inspiración ideal. Bajo esta perspectiva, la contribución de la Iglesia para la nueva Europa no representa, ciertamente, un elemento secundario y debe acompañar el compromiso de los fieles laicos que actúan en el campo social y político.

Mientras se avanza hacia la unidad europea, se plantea ahora de nuevo, acusadamente y en muchas partes de Europa, el problema de las relaciones entre las naciones. Estas representan vitales realizaciones culturales, que expresan las riquezas de Europa. Las diferencias nacionales, por tanto, no deben desaparecer, sino más bien deben ser mantenidas y cultivadas como el fundamento, históricamente desarrollado, de la solidaridad europea.

Sin embargo, tras el hundimiento del régimen marxista, que estaba vinculado con una forzada uniformidad de los pueblos y a la opresión de las naciones pequeñas, no raras veces surge el peligro de que los pueblos de la Europa del Este y del Oeste retornen a inclinaciones nacionalistas. En realidad, la misma identidad nacional no se realiza sino en la apertura hacia los demás pueblos y a través de la solidaridad con ellos. Los conflictos deben ser resueltos mediante las gestiones y las negociaciones y no por medio del uso de la fuerza, bajo cualquier forma, encaminada a obtener la sumisión de los demás: Violencia que también durante el Sínodo, como han demostrado los obispos de Croacia, no cesa de destruir su patria.

No se deben olvidar los derechos de las minorías, sino más bien conservar y favorecer las tradiciones de todos los pueblos. La Iglesia católica -que reconoce y afirma el valor positivo de la identidad nacional- en cuanto comunidad que se compone de muchos pueblos trasciende al mismo tiempo todos sus particularismos. La estrecha comunión con la Iglesia universal -con Pedro y bajo Pedro- con frecuencia ha preservado de forma extraordinaria a las Iglesias particulares de ser absorbidas por los diversos sistemas políticos nacionales. También para la situación actual este principio de la catolicidad debe conservar toda su eficacia.

11.- Por una Europa abierta a la solidaridad universal

Europa ha transmitido a todo el mundo muchas conquistas culturales y técnicas que hoy constituyen un patrimonio de la civilización universal. Sin embargo, la historia de Europa conoce también muchas vertientes oscuras entre las cuales es necesario incluir el imperialismo y la opresión de muchos pueblos con la explotación sistemática de sus bienes. Debemos, por ello; rechazar un cierto espíritu eurocéntrico, del que hoy podemos reconocer todas las consecuencias.

En nuestros días, gracias a la superación del conflicto entre Este y Oeste, el futuro de Europa está abierto, como jamás lo había estado desde hace mucho tiempo. Aun cuando la reconstrucción de la sociedad, en muchas regiones de la Europa central, se presente bastante más comprometida de cuanto esperábamos, y requiere la movilización de todas las fuerzas, para Europa es una necesidad urgente mirar más allá de los propios conflictos y del propio interés.

El grito de Cristo paciente llega hoy a nosotros con dramática intensidad desde el Sur del mundo, donde pueblos reducidos a la miseria esperan una solidaridad valiente y eficaz contra el hambre, los múltiples sufrimientos y las injusticias que los afligen. A este grito es necesario responder con concretas opciones relativas, por ejemplo, a la abolición del comercio de armamentos, apertura de nuestros mercados, una gestión más equitativa que pueda favorecer en estas regiones el desarrollo de la cultura y de la economía juntamente con la promoción de los gobiernos democráticos. Por otra parte, Europa misma puede obtener muchas riquezas de los tesoros de los otros pueblos y de las otras culturas.

Dichas situaciones de necesidad no se manifiestan solamente en las regiones más pobres, sino que: con el aumento de las migraciones, afectan cada vez más de cerca a los límites de Europa. La justicia y la caridad exigen que tan gran número de personas puedan encontrar en los propios países pan, trabajo y respeto de la propia dignidad, y por ello no huyan de la propia patria hacia un lugar desconocido de exilio. También

debe recordarse que existe un deber de acogida y que debe promoverse una cultura idónea para ejercerlo, juntamente con medidas concretas y oportunas que mitiguen las dificultades y permitan más bien la integración -respetando la propia legítima identidad- de los que llegan a nuestros países a causa de estos movimientos migratorios. No se puede silenciar, por otra parte, que con frecuencia los mismos países que acogen a los inmigrados tienen necesidad de ellos para el propio progreso.

Las muchas formas de indigencia y los grandes sufrimientos del mundo nos recuerdan las promesas escatológicas de Dios, que no pueden encontrar plena realización en esta tierra. Por medio del compromiso de solidaridad y de caridad podemos, no obstante, en el corazón de una Humanidad dividida y lacerada, lanzar impulsos y cultivar las semillas para la futura obtención de la perfección eterna.

CONCLUSIÓN

San Pablo llegó por primera vez a Europa durante el segundo viaje misionero (Cfr. Hech. 15, 26-18-22). En Troade, durante la noche, tuvo una visión profética: «Un varón macedonio se le puso delante y, rogándole, decía: "Pasa a Macedonia y ayúdanos". Después de haber tenido esta visión, inmediatamente tratábamos de partir hacia Macedonia, coligiendo que Dios nos llamaba a evangelizarlos» (Hechos 16, 9-10). Tuvo lugar así el paso hacia Europa. El Espíritu de Dios abrió el camino del Evangelio a nuestro continente.

Es significativo que ya en este primer comienzo de la fe en Europa esté presente aquella palabra -evangelización- que se ha convertido hoy para nosotros en una palabra clave para nuestra vida y nuestra misión de cristianos. En la persona del macedonio, Europa se ha declarado dispuesta a acoger el Evangelio. Sabemos, sin embargo, también cuán difícil ha sido para Pablo este anuncio del Evangelio sobre todo en Atenas y Corinto (Cfr. Hechos 17, 16-34; 18, 1-17). El ejemplo y la fe indómita del apóstol nos estimulan decididamente a emprender la nueva evangelización.

En estos días del Adviento, durante los cuales nos preparamos para recibir al Señor, pidamos a Dios Padre, por intercesión de los santos Benito, Cirilo y Metodio, que los hombres y las mujeres de Europa, al percatarse de su más radical indigencia, sepan demandar aquella ayuda que verdaderamente salva y -como el macedonio- inviten a Jesús mismo y a sus anunciadores con las palabras: «¡Pasa... y ayúdanos!»

María, Madre del Señor y causa de nuestra esperanza, nos enseña a permanecer abiertos a los impulsos de Dios y a esperar humildemente la salvación. Nos enseña a acoger en nosotros la Palabra de Dios y a mantenerla en práctica con todo el corazón. «Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón» (Luc. 2, 51 b).

Así acompañó Ella, al lado de su Hijo, el comienzo de la evangelización. También hoy permanece «constante en la oración» como antes de Pentecostés (Cfr. Hechos 1, 14), en el corazón de la Iglesia e invoca, juntamente con nosotros, el Espíritu Santo. «Que Ella pueda brillar como Estrella de la Evangelización que debe renovarse siempre»³⁷, indicándonos como Odighitria el camino para llegar a Cristo y a la plena unidad entre sus discípulos, «para que el mundo crea» (Juan 17, 21).

³⁷ PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 82.

También Ella, durante estos días, nos tomará de la mano como Madre dulcísima y nos conducirá al Niño en el pesebre, a Aquél que es, al mismo tiempo, el Señor y el Redentor del mundo, mientras el inmenso coro celestial alaba a Dios (Cfr. Luc 2, 14).

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.